

Beatriz González Stephan con Jeffrey Cedeño y Vicente Lecuna *

Siglo XIX, Estudios Culturales y academias (des)politizadas en América Latina. Una conversación con Beatriz González Stephan

Los estudios literarios y culturales sobre el siglo XIX en América Latina no pueden obviar tan fácilmente el trabajo intelectual de Beatriz González Stephan, desde su capital estudio *La historiografía literaria del liberalismo hispanoamericano del siglo XIX*—Premio Casa de Las Américas 1987. Mención Ensayo—, hasta los acuciosos artículos publicados en múltiples revistas especializadas del continente. Venezolana, Ph. D en Literatura Hispanoamericana por la Universidad de Pittsburgh, fue durante muchos años profesora de la Maestría en Literatura Latinoamericana de la Universidad Simón Bolívar en Caracas donde, hasta el año pasado, dirigió la influyente revista *Estudios*. Ha sido compiladora de varios libros de suma importancia para el estudio de la literatura y la cultura en América Latina y actualmente forma parte del cuerpo de profesores de la Rice University, en Texas.

* Jeffrey Cedeño es Licenciado en Letras de la Universidad Central de Venezuela. Cursó estudios en la Maestría en Literatura Latinoamericana de la Universidad Simón Bolívar, Caracas. Tesista de la Maestría en Literatura de la Pontificia Universidad Javeriana. Vicente Lecuna es Ph.D en Literatura Hispanoamericana de Pittsburgh University. Actualmente se desempeña como profesor de la Escuela de Letras y de la Maestría en Estudios Literarios de la Universidad Central de Venezuela. Ha publicado *La ciudad letrada en el planeta electrónico. La situación actual del intelectual latinoamericano* (Madrid: Pliegos, 1999) y diversos artículos en revistas especializadas del continente.

Jeffrey Cedeño y Vicente Lecuna. ¿Qué demanda la experiencia cultural del siglo XIX a la hora de abordarla críticamente? ¿Cuál es el lugar que ocupa el canon literario del siglo XIX en la mirada crítica contemporánea?

Beatriz González Stephan. Creo que, como bien le ha sucedido a muchos investigadores, de alguna manera y sin querer, se deja de lado lo que prescribe el canon como lo “literario”, con el objeto de estudiar un fenómeno del pasado desde una perspectiva altamente desprejuiciada. El investigador que trabaja cultura y literatura del siglo XIX, no sólo procede a examinar los paradigmas y discursos canónicos, sino también la prensa que, automáticamente, no te va a llevar a la obra literaria. Porque el libro no existía como artefacto cultural e instituido en aquél entonces; y es cuando puedes evidenciar que la ciudad letrada no estaba constituida por el libro, sino a través de un circuito de amplia circulación establecido por el periódico o la revista literaria. En ésta última encontramos la convivencia de la publicidad, la imagen, el retrato, el ensayo biográfico, las miscelánea, la receta médica, la receta culinaria, el cuento costumbrista, y las voces femeninas que realizaban una actividad luego denominada “discursos de caridad”, o los famosos “monólogos para ser leídos”. Todo lo anterior, de algún modo, desdibuja una tradición desde la cual se pensaba a la ciudad letrada y el canon literario a partir de los géneros establecidos: novela, cuento y teatro. El investigador advierte que no existía el teatro en el siglo XIX, o lo había de algún otro modo. Por ejemplo, el caso femenino es muy curioso: lo que más produce tal grupo son obras dramáticas para ser leídas o representadas a través de una declamación en los salones literarios privados. Aquí es notable otro hecho fundamental: si bien los espacios de circulación públicos se encontraban signados básicamente por el sujeto masculino, descubres —descubrimiento reciente por parte de Dunia Galindo, quien ha trabajado el teatro decimonónico como un discurso de ciudadanía— que espacios privados como la casa y, más específicamente, el salón, constituyen circuitos de consumo, de reunión, de lectura oral y de representación. La representación está muy ligada al arte de la declamación, no al de la lectura íntima como muchos pensarían. La forma de la lectura íntima, privada y solitaria, es un gesto del siglo XIX debido a su estrecha relación con la existencia del libro y con otro tipo de sociedad de consumo, con el hecho de que no existen librerías en el siglo XIX.

La lectura —en voz alta— de un texto considerado literario, se encontraba acompañada de otras manifestaciones artísticas, como por ejemplo, la música. De allí que resulte necesario estudiar combinada y simultáneamente, tanto la

producción literaria y la musical como el llamado “arte de tocar bien el piano”, que es exclusivamente femenino para el siglo XIX y constituye, además, un arte de salón. Porque en los periódicos de la época descubres reseñas que, por ejemplo, notifican lo siguiente: “...en la casa de Doña María, los jueves en la tarde se congrega una selecta reunión de damas y caballeros donde se declama poesía”. Todo ello al mismo tiempo va mezclado con otro discurso de consumo cultural: la moda, como bien lo reseña la prensa del momento: “Fulanitas de tal iban vestidas de tal manera....”. La descripción apunta hacia estilos de alusión al corset, lo que evidencia una marca fundamental en la estructuración del cuerpo femenino, así como una nueva conformación del deseo. La calidad de las telas es, de igual modo, significativa: “Fulanita de tal no iba bien vestida porque iba con muselina blanca...”, *vis a vis* otro tipo de género de mayor prestigio social procedente de Francia. Otro ejemplo: “Se hizo la reunión en el mes de mayo para celebrar la primera cosecha de Café de la hacienda tal que lleva la marca de un renombrado marqués. Por eso la selecta reunión —merideña o caroreña— se reunió para celebrar este café de probable exportación a Caracas”. Esto revela la inexistencia de una cultura centralizada. Muy por el contrario, hubo una profunda cultura moderna descentralizada y fuertemente regionalizada que incluye poesía y prensa, salones y folletines. Y ahí descubres un hecho importante: quien organiza el consumo en la cultura decimonónica es el sujeto femenino, y no el masculino. Entonces surgen las siguientes interrogantes: ¿Qué está sucediendo ahí? ¿Cómo se está produciendo la cultura?

J. C. Tomando como ejemplo las investigaciones literarias y culturales del siglo XIX, se pudiese incurrir en el equívoco de acercarse al objeto —literario, cultural *in extenso*— desde una mirada purista capaz de excluir las redes significantes que el mismo objeto tiende con su entorno cultural, como bien argumentas. Sin embargo, ¿acaso tal equívoco muestra no tanto su perdurabilidad, en la medida en que ha seguido manifestándose durante el siglo XX, sino su resistencia —política por lo demás— a reconocerse como un escamoteo que naturaliza y fija significados sobre el objeto, al margen de las condicionantes sociohistóricas?

B.G.S. Sí. Los siguientes ejemplos son esclarecedores. Por ejemplo, una pregunta que pudiera hacerse es en qué medida opera la institución literaria en el siglo XIX cuando el sujeto que construye un texto ficcional es un médico. Tal situación ocurre en varias oportunidades, e indica además un desplazamiento de zonas por parte del sujeto letrado o intelectual productor de cultura.

Y cuando decimos “cultura”, el término comprende tanto las constituciones como los objetos médicos, educativos, pictóricos y ficcionales. ¿Qué sucede con ese sujeto que, siendo médico, utiliza el campo ficcional-literario para, a través de él, dictaminar o construir parámetros de higienización dentro del imaginario cultural? No puede ser trabajado desde la metodología moderna de los estudios literarios. El investigador debe empezar a medirse e indagar cómo opera a finales del siglo XIX la institución médica, y en qué momento se construyó el cuerpo médico con el suficiente estatuto institucional y legal para empezar a poder decir aquello que se dice —legitimado por una sociedad— y que le confiere una cuota de poder para medicalizar, higienizar y limpiar construcciones de imaginarios, sensibilidades culturales.

Estos son más o menos, muy sucintamente, los problemas que están en marcha, y los investigadores que trabajamos el siglo XIX, nos hemos visto en la necesidad, sin tener que recurrir a los teóricos culturalistas contemporáneos, de establecer las preguntas a partir de la misma naturaleza de los fenómenos culturales que se desarrollaron en el siglo pasado. Fenómenos que, sin duda, no se hallan constreñidos dentro del encuadre disciplinario erigido posteriormente. Porque en el siglo XIX no existían las disciplinas —léase antropología, sociología—, sino que los procesos culturales se manifestaban gradualmente, como también sucede en el momento actual. Venezuela supone un caso ejemplar: resulta interesante preguntarse qué está ocurriendo dentro del campo cultural cuando, en 1998, Irene Sáez, una ex Miss Universo, en tanto que sujeto público de espectáculo, se desplaza hacia el escenario político y de éste, a la candidatura de la presidencia del país. Esto te induce a reflexionar sobre lo que está sucediendo en el escenario político que, no lo olvidemos, es de igual modo un escenario del espectáculo. Porque procesos similares los hemos vivido con Renny Ottolina y Ronald Reagan. Así, vemos cómo el escenario político que impulsaba la acción política comprendida bajo la tutela de los partidos, ha registrado un cambio fundamental desde los años setenta para acá, que no tiene nada que ver con lo que significaba la política de los sesenta para abajo. Desde el caso Dreyfus hasta mayo del 68.

V.L. Y eso no se está estudiando, lo cual, sin duda, constituye una de tus preocupaciones...

B.G.S. No se está estudiando. Tales preguntas no nos las estamos haciendo los intelectuales inmersos dentro de la disciplina literaria, porque nos encontramos en el aire. Pero cuidado si esas preguntas no se las están planteando la

nueva Escuela de Historia del subcontinente. Porque también debemos considerar otro aspecto: la Escuela de Historia, o Antropología o Politología Latinoamericana, está abandonando sus previos y objetos tradicionales para desplazarse, curiosamente, hacia objetos culturales y literarios. Por ejemplo, pudiera darte dos casos de Escuela de Historia en América Latina que no realizan estudios históricos desde una perspectiva tradicional. Los historiadores mexicanos, concretamente los del Instituto Mora, trabajan múltiples objetos y discursos culturales en sus investigaciones. Los historiadores de Costa Rica, tanto de la Universidad de Heredia como de la Universidad de San José, o la de un investigador absolutamente sensacional: José Pedro Barrán, de la Universidad de la República, en Montevideo que, inicialmente, es un historiador, pero ya no se sabe lo que es. Tomo a Barrán porque tiene una obra crítica extensa y contundente. ¿Qué es lo que estudia Barrán, quien se hace preguntas muy interesantes y ejemplares? Preguntas que exigen una resolución, y que curiosamente se las plantean investigadores de otras disciplinas y no aquellos que estudian literatura. Primero: Barrán produce dos volúmenes: *Historia de la sensibilidad en el Uruguay*, por supuesto, sólo estudia el siglo XIX, desde 1810 hasta 1910. ¿Qué estudia? Estudia la literatura, el cuerpo, la prensa, la educación, el caudillismo, es decir, la historia de las mentalidades, de las sensibilidades, que no de las ideologías, del discurso oficial, no de los Sarmiento o los Artigas. Segundo: realiza tres excelentes volúmenes titulados *Medicina y sociedad en el Uruguay del Novecientos*, donde trabaja el discurso de los pobres. ¿Qué sujetos conforman al "pobre"? prostitutas, mendigos, campesinos. Barrán se hace cargo de los problemas étnicos que, desde la perspectiva disciplinaria, le competen a la antropología, cuando bien sabemos que él no es un antropólogo. Asimismo, estudia el discurso médico y la formación de las sociedades de caridad que, inicialmente, constituían los grandes hospitales donde el saber médico era impartido por mujeres y monjas. Y es allí cuando se explicita el desplazamiento de un sujeto masculino con un saber masculino sobre el destino del cuerpo de la sociedad. Tercero: los tres volúmenes titulados *Historia de la vida privada*, como continuación del proyecto francés *Historia de la vida privada*, comprendida en diez volúmenes de Duffey y Perrot.

Recuerdo en este momento el hermosísimo libro de Luis Britto García, *El poder de las máscaras*, donde se lleva a cabo una revisión semiótica del problema de cómo se maneja el poder en el caudillo, y cómo se va transmitiendo de un siglo a otro, de forma íntegra. Britto utiliza, para sus propósitos, todo: desde la prensa, la imagería, la televisión, la publicidad, el arte culinario, los chismes, los chistes, los refranes, hasta la representación simbólica (el escudo

y el himno nacional, lo que se dice y lo que se come). ¿Y quién es Luis Britto García? Es un economista, o un profesor de estudios internacionales, un politólogo. Entonces, el problema radica en qué preguntas vas a formular en el momento de abordar críticamente el objeto literario. O cambias el campo y lo amplías, y estudias medios de masas, por ejemplo; o sigues estudiando el mismo objeto literario, pero con una mirada que se contamina interdisciplinariamente. Y creo que esta formulación de otras preguntas, la mirada sobre el texto desde otra perspectiva para comenzar a pervertir la metodología tradicional, se lo debemos en gran medida a Michel Foucault.

JL: John Beverley comentó en una entrevista que le resultaba muy irónico que, siendo los años 80 muy conservadores en los Estados Unidos, la lógica del mercado dentro de las universidades norteamericanas marcó pautas importantes al mejorar la remuneración económica de intelectuales de izquierda que promovieron los Estudios Culturales. Pareciera, a su entender, una pequeña ironía de la historia.

B.G.S: Sí, siento que todo el proyecto intelectual de los años 60 hasta los 70, se encontraba a cargo de intelectuales comprometidos políticamente. Intelectuales cuyo mercado era el terreno político e ideológico, más no el económico. Tal proyecto crítico se liquidó a partir de los años setenta, como consecuencia de los múltiples procesos históricos finiseculares: la caída del Muro de Berlín, el derrumbe de la Unión Soviética y de sus naciones satélites, por sólo mencionar algunos. Una de las secuelas: nuestro espacio académico se ha despolitizado y sus intelectuales han abandonado las afinidades y las solidaridades para convertirse, lamentablemente, en “mercachifles” o mercaderes de ideas. Y como mercaderes de ideas, de mercancías, convendría recordar que el mercado tiene una dinámica: toda mercancía está destinada a agotarse rápidamente, lo que obliga a la producción de nuevas mercancías. ¿Por qué? Porque tal dinámica moviliza los libros, los profesores, las investigaciones. Es decir, si te mantienes en tu propio discurso y eres fiel a tus temas tradicionales, y no estás realizando investigaciones sobre la postcolonialidad por ejemplo, no puedes exigir más de 120 mil o 140 mil dólares al año. Esa es la realidad en el medio académico norteamericano.

JL: Estudios Culturales, al menos en su origen, tenía una fuerza política. John Beverley, por ejemplo, encuentra en Estudios Culturales una forma de ejercer presión dentro del espacio académico con un componente político, diferente quizás al de los años 60. Recuerdo el particular caso de un Congreso de LASA donde asistió Néstor García Canclini, en el que discutía *Culturas*

híbridas. Tomó la palabra un campesino guatemalteco que se desempeñaba como dirigente cultural, invitado por los organizadores, y expresó más o menos lo siguiente: “Me parece muy bien toda esta discusión, leí el libro, y les quiero decir a ustedes intelectuales que vine a este Congreso a buscar herramientas de trabajo, y no las encuentro. Ustedes no están haciendo su trabajo, ya que deberían producir cosas que fuesen útiles para agendas políticas y culturales. Tengo un grupo, una serie de actividades, y he venido a buscar conocimientos para ejercitar nuevos proyectos, y me encuentro con una discusión académica, encerrada dentro de sí misma”. Y empezó a hablar y a hablar, lo que produjo una situación muy extraña: su discurso poco académico se tornó reiterativo, y no concluía su intervención. Parte del público asistente demandó su silencio debido a que querían seguir escuchando a Canclini, y no a este personaje.

B.G.S. El subalterno no puede hablar. Y para hablar —y eso lo dice Bourdieu muy bien—, necesitas un escenario. Y el escenario no es Canclini como persona, sino todo lo que rodea a Canclini: es la institución, es el libro, es Cambridge o Harvard al invitarlo. Entonces no es Canclini el que está hablando, sino Duke, o Harvard por ejemplo. Sin embargo, ese dirigente político tiene toda la razón...

KZ: Ahí podemos encontrar un componente político manifestándose en este dirigente guatemalteco. La misma resistencia hacia él, es síntoma de un grave problema. Aquí no se está resolviendo algo. El campo académico está despolitizado y, sin embargo, quiere ser un espacio político.

B.G.S. Sí, el espacio académico se encuentra despolitizado, pero quiere jugar a serlo. Jesús Martín Barbero, en una conferencia realizada en Caracas hace un par de años, en la Universidad Simón Bolívar, aportó posiciones similares a las de este dirigente político guatemalteco. Martín Barbero se preguntaba acerca de la actividad del intelectual, y hacia dónde tenía que desplazar su mirada para dirigir su reflexión en aras de construir y proporcionar herramientas que clarifiquen procesos culturales en marcha. Pienso que los intelectuales no debemos encerrarnos en la torre de marfil que es la academia y el libro, o tal vez una nueva versión: los medios electrónicos. De ahí que el crítico colombiano se interrogara acerca de cuántas personas tienen la posibilidad de acceder a Internet. Pero, cuidado, ¿y las prácticas culturales que están ocurriendo en los barrios, en la calle, en los Centros Comerciales, en los boulevares de compra? ¿Dónde están los intelectuales?

J.C. Y hablando de intelectuales, ahondemos al respecto. ¿Cómo configuras actualmente el rol de la academia en el presente fin de siglo?

B.G.S. Siento que la academia se encuentra cada vez más atrapada y encerrada sobre su propio discurso. Y creo que tiene la ilusión de hacer un trabajo literario o cultural con un ingrediente político. Porque la academia está integrada por intelectuales, y se supone que el intelectual debería tener un compromiso político. Sin embargo, ocurre que existe otra discusión paralela: el campo de la organización social —en términos políticos—, a través de los partidos ha caducado. Y es en las zonas de participación del intelectual y su compromiso político donde estamos perdidos. Porque el intelectual hasta hace muy poco, y antes de ingresar a la academia, tenía una inserción sociopolítica articulada a través de las formas históricamente constituidas que eran las partidistas. Pero la instancia de organización política a través de los partidos se está debilitando, por no decir disolviendo. Mi pregunta ahora es en cuál instancia social política nos insertamos. Si ya no son los partidos, entonces ¿qué es? Ya no hay trabajos en las barriadas, lo que existe son cooperativas que, para muchos, no de un ejercicio político ni constituyen militancia partidista, sino un trabajo social. Yo siempre tuve una inserción política. Desde hace muchos años no la tengo. Me siento sola. Sin embargo, la respuesta no está en el partido —que sería hacerse mal la pregunta—, sino en la incorporación a otras actividades, en los nuevos componentes de la sociedad civil. Nos encontramos en una época de profundas mutaciones, donde los campos visuales no están claros. Edward Said en *Representaciones del intelectual* discierne claramente su actividad como intelectual, discierne su compromiso político, pero Said se ha separado conflictivamente de la Organización para la Liberación de Palestina.

Los nuevos intelectuales están formados en la sociedad de consumo, y creo que el mundo intelectual y académico se encuentra atravesado por la sociedad de consumo. Es decir, la competitividad, la sobreproducción, el individualismo. Entonces, no hay solidaridad ni intercambio real de ideas, sino vedetismo, donde se maneja mucho dinero por debajo. El campo académico está brutalmente atravesado por la sociedad de consumo, y los intelectuales nos hemos vuelto también elementos de consumo y producción intelectual. Pero no es una comunidad que discute. Sin embargo, me pregunto ¿hasta qué punto nuestras investigaciones están atravesadas por los intereses de la sociedad de consumo? Y eso se ve con una notoria claridad en fuertes sociedades consumistas como Estados Unidos, donde es muy extraño que un intelectual que tenga respeto por sí mismo dure más de dos años trabajando un tema o una proble-

mática, ¿curioso verdad? Cuando un intelectual trabaja un tópico lo debate de por vida, es una opción de vida que va ampliando con el transcurrir del tiempo. Creo que el momento histórico nos abraza a todos por igual, y también creo que muchos no tenemos una inserción política. No obstante, los acontecimientos nos sobrepasan de alguna manera, es decir, son procesos tan macros. La decisión de los lugares de reflexión, por ejemplo, no la tomamos. La deciden las grandes corporaciones. En estos momentos son las corporaciones y finalmente el Fondo Monetario Internacional, los que terminan por decidir el destino de las universidades, y dentro de ellas cuáles van a ser los espacios de reflexión, y si acaso los van a poseer. Tal situación se encuentra en pleno desarrollo, porque finalmente todas nuestras producciones intelectuales se realizan dentro de un espacio de poder que son las universidades. La reflexión intelectual corre el riesgo de dejar de existir, como bien lo argumenta Ileana Rodríguez en su artículo "Conocimientos fatigados y actividades en desuso", publicado en la revista *Estudios* No. 10.

J.C y V.L: Muchas gracias Beatriz.

Bibliografía

- Barrán, José Pedro (1992). *Historia de la sensibilidad del Uruguay*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.
- _____. (1994). *Medicina y sociedad en el Uruguay del novecientos*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.
- Britto García, Luis (1988). *Las máscaras del poder*. Caracas: Alfadil/ Trópicos.
- Rodríguez, Ileana. "Conocimientos fatigados y actividades en desuso: cultura popular/arte de élite; microelectrónica/telecomunicación". *Estudios. Revista de investigaciones literarias y culturales*, 10 (1997).
- Said, Edward (1996). *Representaciones del intelectual*. Barcelona: Paidós.